

OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

REGREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Quadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrfos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID: Tres meses 9 rs., seis 16, y un año 30.
PROVINCIA: Tres meses, 10 rs., seis 18, y un año 34.

Dirección.—Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO: Tres meses 15 rs., seis 28, y un año 54.
AMÉRICA: Seis meses 28, y un año 70.
FILIPINAS: Seis meses 60, y un año 110.

Administración.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FURRE SONARÁ.

ADVERTENCIA.

Nuestros favorecedores que acostumbran comprar los números de este periódico, deben cuidar en lo sucesivo de comprarlos los jueves y domingos á los vendedores, porque ya no se venderán números sueltos en esta Administración fuera de los dias en que aparezca EL CASCABEL.

REVISTA SEMANAL.

Estoy loco de contento, lectores de mi ánima. Lo que yo he visto no lo ha visto nadie, y como no soy egoísta, y me regocijan tanto ó más las satisfacciones ajenas que las propias, quiero dar á VV. noticia de lo que he visto, que en saber lo que es ello, tendrán VV. muchísimo placer, siendo, como es, tan acendrado su patriotismo y tan grande su deseo de que la cosa pública se arregle, y todos vivamos tranquilos y contentos, como Dios quiere, y como no vivimos, porque no parece sino que nos hemos propuesto vivir rabiando siempre, que es uno de aquellos gustos que merecen una paliza.

Pues señor, sepan VV., mis leyentes queridos y respetados, y respetables, por supuesto, porque yo no respeto lo que no es respetable, que esta misma tarde he estado yo en un sitio, que no sé qué sitio era, pero se parecía mucho al salón de sesiones del Congreso, y aun casi me atrevo á decir que era el mismísimo salón. Estaban las tribunas llenas de gente, buena gente, honrada y trabajadora, que, solo por la novedad y solemnidad de la ocasión, habia dejado sus quehaceres y acudido á aquel recinto.

Hallábase la parte baja de este, como si dijéramos, el patio, grandemente favorecido por numerosa y escogida concurrencia, como que la componian ministros de todas tallas y todos colores, generales grandes y chicos, entre los que se distinguían uno muy jaqueton, y otro largo como una espingarda, y otro cargado de cruces y cintas y de espaldas, con cara de buen hombre, y uno que tenia toda la facha de un aguador, y dos hermanos parecidos en algo á las ostras y á las almejas, y otros muchos parecidos á otros que todos conocemos, embajadores y ministros plenipotenciarios, consejeros, directores, grandes juriconsultos, senadores respetables, diputados de todas edades, estados y condiciones, periodistas y otra infinidad de personas de viso y suposición, de merecida ó no merecida fama, que en esto habria mucho que hablar, gente, en fin, apegada á la cosa pública y á la gobernación del Estado, y sobre todo, al Presupuesto, que es la rueda catalina de la política.

—¿Qué harán aquí estos esclarecidos varones? preguntéme yo, tomando asiento en una de las tribunas.

Y no pregunté nada á los que estaban á mi lado, porque llamó mi atención una matrona que, sobre un estrado, estaba en medio de aquella respetable asamblea. Era España, nuestra querida y generosa madre, y su objeto en aquel lugar poner de manifiesto á sus hijos mayores en saber y gobierno los males que la aquejaban, y pedir remedio.

Y habló la noble matrona con grave, reposado, simpático acento, y todos callaron para oírla, todos, excepto algunos monuelos, hijos ingratos, á quienes no compadecia la suerte lastimosa de la buena y cuitada madre.

¡Y qué bien habló la sin ventura! ¡con qué razones tan poderosas acusó á los presentes y á los ausentes de haber disipado su fortuna, arruinado su crédito y puesto en grave peligro su existencia!... «Todos, decía, todos me habeis pagado con negra ingratitud; todos sois responsables de que á tal extremo hayamos llegado vosotros y yo. Cuidadosos sois todos de vuestro interés particular, pero no os cuidásteis nunca del mio. ¿Qué habeis hecho de mi comercio? ¿qué habeis hecho de mis artes y mis letras, que un tiempo fueron asombro del mundo? ¿qué habeis hecho de mis inmensos tesoros? ¿qué hicisteis, en fin, de la proverbial hidalguía española, del levantado carácter que distinguió siempre á mis hijos, que hoy os veo llenos de ruines pasioncillas y miserias repugnantes? ¿qué hicisteis de la fé y el amor al prójimo, que fueron siempre el más preciado tesoro de los corazones de mis hijos?... ¿qué habeis hecho de mí, que tan postrada me teneis? y ¿qué habeis hecho de vosotros mismos, en quienes yo tenia puestas todas mis esperanzas?... Moderados, neos, unionistas, demócratas, progresistas y no sé cuántos nombres más teneis, y divididos estais en partidos.... ¿para qué?... Para hacer mi felicidad, decís; pero no es para hacer la mia, sino para hacer la vuestra; ¡lamentable error! porque así tampoco hareis la vuestra nunca, que no es felicidad la de vivir odiando y odiados, recelando de todo, deseándolo todo, y posponiendo al bien de todos el bien de unos pocos....»

Suspensos quedaron al pronto aquellos nobles caballeros; pero despues de un momento empezaron los rumores, y aun hubo conatos de vocerío, sin respeto á la egregia matrona, que tan cargada de razon les pedia cuentas. Todos daban la razon á la madre patria respecto de su estado de postracion y penuria; pero los unionistas echaban la culpa á los progresistas, moderados y demócratas, los neos á los que no eran neos, los progresistas á los que no llevaban este nombre, y en fin, era aquello una repetición á coro del famoso estribillo:

Nosotros somos los buenos, nosotros, ni más ni menos.

La noble matrona se levantó, rojo de ira el rostro, é increpó á los concurrentes, diciéndoles:

—«¿No os da vergüenza de vosotros mismos?... ¿Será posible que nada he de poder esperar de vosotros? ¿no habeis de hacer en bien de todos el sacrificio de vuestra vanidad y de vuestras pasiones?... ¡Ved, ved vuestra obra, la obra de todos los que vivís de la política!»

Y como en un cosmorama, fueron pasando:

Trabajadores hambrientos, rodeados de sus hijos desnudos, que renegaban de los hombres, y se desesperaban, y amenazaban, y blasfemaban, excepto algunos que se morían de hambre sin exhalar una queja, y rogando á Dios por todos.

Viudas é hijos de hombres, llenos de vida y vigor, ajusticiados por causas políticas, víctimas de la ambición de los demás.

Comerciantes desesperados y próximos á la miseria.

Pobres hombres imponentes en sociedades de crédito, arruinados por estas, y culpando de su ruina á los Gobiernos descuidados.

Maestros de escuela llenos de vergüenza, porque delante de tanta gente bien vestida pasaban casi desnudos, diciendo que se morían de hambre, y preguntando qué delito han cometido para estar ménos recompensados que un alguacil ó un portero.

Turba multa de pobres empleados cesantes, los unos macilentos, rotos y descosidos, rodeados de chiquillos, y esposas, hermanas, suegras y primas, y otros dando voces y gesticulando como energúmenos, y lanzando al pasar horribles injurias contra los causantes de su cesantía. Esta seccion era muy numerosa. Parece imposible que haya tanta gente sin destino en este mundo, donde cada cual tiene el suyo.

Un lucido escuadrón de contribuyentes, todos en cueros, poniendo el grito en el cielo, y con las manos metidas en los bolsillos vacíos, y mirando al pasar, de una manera muy significativa, á los ministros y demás políticos empingorotados, como diciendo:—«Buen provecho les haga á VV.»

La Moralidad, la Consecuencia, la Gratitud y el Patriotismo pasaron llorando á todo llorar, y volviendo los tristes ojos á la nobilísima España, que presidia la función, ó si no la presidia, era, por lo ménos, la protagonista.

Detrás iban alegres, deslumbrantes, erguidos, el Negocio, el Descaro y el Egoísmo, seguidos de su corte de malas y ruines pasiones, vicios, abusos, crímenes, etc., etc.—La algarazara y contento de esta gentecilla ruin formaba singularísimo contraste con la tristeza, postracion y abatimiento de la que habia pasado ántes....

Gran sensacion causó en la asamblea aquel espectáculo, y todos callaron, y todos se miraron, y todos bajaron los ojos avergonzados cuando España fijó en ellos la profunda serena mirada.

—«Vosotros, dijo, vosotros todos, sin excepcion de partidos ni de nombres, vosotros sois la causa

de todos esos males; vosotros podéis remediarlos y devolverme la tranquilidad, el decoro, la alegría, que me faltan. Talento os sobra: que os sobre también voluntad de hacer el bien.»

Y ¡oh consolador espectáculo! ¡oh sublime instante! ¡oh fuerza de la razón y de la inocencia!... todos aquellos personajes, como si Dios les hubiera tocado en el corazón, exclamaron a un tiempo:

—Tienes razón, ¡oh noble, generosa España!

Y España sonrió tristemente, y dijo:

—«Ya lo sé que la tengo, ya sé que no me la podéis negar; pero ¿remediareis mis males?»

—¡Sí! ¡sí! dijeron todos.

—¿Lo juráis?

—Lo juramos.

—¿Cedereis todos un poco de vuestra vanidad? ¿moderareis el deseo de engrandeceros a todo trance? ¿os mirareis como hermanos, y como tales os tratareis? ¿cedereis el poder a quien sepa más, a quien sea más honrado, a quien más beneficios y economías pueda hacer?... ¿se contentará cada cual con ocupar el lugar que merezca?... ¿acabarán los odios, las recriminaciones ociosas, las rivalidades indignas?... ¿tendréis amor y respeto al pobre y justicia para todos, y para vosotros mismos los primeros?... ¿educareis al pueblo para el bien?... ¿protegeréis las artes y el mérito?... ¿respondereis siempre de vuestros actos y pedireis que estos se investiguen y examinen?... ¿sereis consecuentes siempre?... ¿seguiréis constantemente el camino que os señale la opinión pública? ¿tendréis templanza y tolerancia con todos, y más con los enemigos?... ¿no derramareis sangre ni comprometeréis la tranquilidad pública?... y por último, ¿me hareis el favor de darme un ministro de Hacienda que sea maestro y me la desembole, y me la salve, con la ayuda de Dios y de todos vosotros?»

—Sí, sí, contestaron sucesivamente a todas las preguntas de la dama; y hablaron después con acento patriótico los jefes de todos los partidos, partidas, compañías y grupos de que se compone este embrollo que se llama política, abjuraron allí solemnemente de sus errores, y pidieron con la mayor humildad a España perdón de las culpas y pecados en que habían caído, perdón que la madre buena y generosa les otorgó, después de llamar sobre ellos la ira de Dios y la de los hombres, si volvían a abusar de su posición y a tener al país en perpétua intranquilidad...

—Haremos, dijeron, lo contrario que hasta la presente.

—Ese es el bien, lo contrario de lo que habeis hecho.»

Y en esto llenaron el espacio en medio de entusiastas aclamaciones los acordes de... una murga que tocaba en la calle, felicitando en su natalicio, es decir, en sus días, al señor Vicente, el carbonero de enfrente.

Era de noche, y sin embargo lloraba... Después de comer me había quedado en la butaca dormido como un beato, y ahí tienen VV., estuve soñando todas esas mentiras que dejo apuntadas.

Dios guarde a VV., suscritores y compradores de EL CASCABEL, muchos años, para ver, si no la realidad de ese sueño, la de otros muchos sueños acaso no tan felices.

Adios, señores y señoras, manden VV. con franqueza, y perdonenme que me haya quedado hecho un trompo cuando iba a escribir la Revista semanal para este número.

Expresiones a Hoyos.

GALERIA DE MATRIMONIOS.

OCTAVA PAREJA.

(Conclusion.)

Durante el almuerzo, que fué bastante tronado, contáronse sus aventuras los dos amigos, cuya suerte era tan distinta, puesto que Froilan no tenía sobre qué caerse muerto, aunque eso nunca le falta a nadie, y Nicomedes tenía una regular fortuna, lo bastante, según decía, para no tener que depender de nadie en toda su vida, y eso que, él lo decía también, era hombre a quien los pobres se comían por los pies, y que protegía con liberalidad a cuantas personas demandaban su apoyo, y era como el padre de un gran número de viudas y huérfanas, que a no ser por él, Dios sabe lo que sería de ellas.

A la muchacha le pareció don Nicomedes un poco demasiado feo y viejo; pero al oírle referir sus actos de virtud y generosidad, y hablar de la religión y la familia, mostrando ideas rectas, nobles y elevadas, a la vez

que encarecía su modestia, y su franqueza, y su candor, —que decía que un niño le engañaba, tales eran su bondad y escaso conocimiento del mundo,—empezó la muchacha a hallar menos feo y menos viejo a don Nicomedes, que por su parte se relamía de gusto, devorando con la vista, ya que de otro modo no podía, a la hija de su amigo. Encantado estaba el bueno de don Froilan viendo a su compañero de la infancia y a su hija, y sin ver la desigualdad que entre uno y otra había, porque si en esto se hubiera detenido a pensar, hubierale parecido un absurdo el matrimonio que ya deseaba para su hija, seguro de que así aseguraba el porvenir de la muchacha, y él podía morir tranquilo.

Poco tiempo después la hija de don Froilan pasó a ser la mujer de don Nicomedes. Más le valiera no haber nacido, o haberse puesto a servir o a coser para el corte, o a vender patatas y judías por esas calles, o a botonera en los portales de la Plaza Mayor.

Corramos un espeso velo, un telón tupido para no ver la luna de miel de este matrimonio entre un hombre con sesenta a la cola, y una mujer que acababa de ser niña. El dinero, que es un pillo, hace estos y otros matrimonios, que debían estar prohibidos por todas las leyes. A ningún hombre de sesenta años se le debía permitir casar con mujer que tuviera menos de cincuenta, y ninguna mujer de esta última edad había de poder contraer matrimonio con hombre que tuviera menos años.

Los primeros días de matrimonio; aparte de que ya le parecía su esposo más feo y viejo que cuando era novio, la muchacha no se quejó, porque aunque conocía que había hecho un disparate muy gordo, no dejó de hacerse cargo de que si ella no hubiera querido casarse, nadie hubiese podido obligarla. Propúsose tener resignación, pero no sabía la pobre que necesitaba mucha más resignación de la que buenamente puede tener una frágil humana criatura.

Don Nicomedes, que hasta entonces no había descubierto la oreja, aunque las tenía de tal tamaño que parecían dos aventadores, la descubrió muy pronto, y lo primero que hizo fué recibir mal a su amigo de la infancia, que iba tan contento a ver a sus hijos, y que se había figurado que, casada su hija con un hombre tan amigo suyo, tan rico y filántropo en extremo, ya se habían acabado sus apuros, y en su yerno hallaría quien le diese la mano para poder emprender alguna honrosa modesta especulación, bastante a satisfacer sus necesidades, que eran insignificantes, toda vez que solo tenía que cuidar de su propia persona; pero si, si, buenas y gordas; el bueno de don Nicomedes, el hombre caritativo y generoso, empezó por cerrar el bolsillo para su amigo y suegro, y acabó por cerrarle la puerta y quitarle el consuelo de poder ver y abrazar a su hija. Esta se rebeló contra la inhumanidad de su marido, pero este dijo que en su casa se hacía su santísima voluntad, invocó su autoridad de marido, y el pobre padre fué reueltamente desterrado de la casa conyugal. El infeliz había pensado que hacía la felicidad de su hija y la suya con aquel matrimonio.

Don Nicomedes, como todos los que tienen la convicción de que valen poco ó nada, era extremadamente celoso, y su pobre mujer fué martir, y no pudo salir ni una vez sola, ni asomarse al balcón, ni fué al teatro, adonde no la llevaba su señor porque no la vieran, y por no gastar, que todo aquel desprendimiento de que hacía gala antes de casarse, era pura embrolla, porque el hombre se dejaba ahorcar por un ochavo. Tan pobremente vestida como cuando estaba en la casa paterna, se vió la hija de don Froilan al poco tiempo de casada con don Nicomedes.

Es decir, que este arrastrado se casó con la hija de su amigo para tener en ella una criada, tratada peor que una verdadera criada, porque con esta siempre hubiera tenido don Nicomedes el temor de que cogiera la puerta llevándose lo que pudiera, ó si era honrada y no se llevaba nada, puede que antes de marcharse le hubiera dejado a don Nicomedes la cabeza abierta con la mano del almirez.

Don Nicomedes era muy rico, mucho, pero su mujer era, casada con un hombre tan rico, más pobre que cuando vivía al lado de su padre. Y aun muchas veces que se incomodaba don Nicomedes, la echaba el miserable en cara su pobreza y le encarecía la suerte que había logrado casándose con un hombre como él. Un día recibió la dolorida humillada esposa una carta de su padre, en que éste le decía que no tenía que comer hasta que dos días después recibiera cierta cantidad; la pobre mujer pidió a su marido veinte reales, fingiendo necesitarlos para no sé qué, y don Nicomedes, que estaba en uno de sus rarísimos momentos de filantropía, se los dió... Los veinte reales eran para el pobre don Froilan, que recibió este socorro con lágrimas de gratitud; pero el bueno de don Nicomedes supo por el portero el destino que se había dado a su miserable duro, y maltratado cruelmente a su mujer, y la acusó de robarle el dinero que con tanto trabajo ganaba —(prestándole al 50 por 100 al mes!)—y mandó llamar un escribano, é hizo testamento, dejando el dinero que a su muerte poseyera para bien de su alma, que no podrá salvarse ni con todo el dinero que hay en el mundo.

¿Para qué he de referir más incidentes de este matrimonio desventurado?... La pobre muchacha era la víctima inocente de su marido, y sabido es que un marido que quiere ser verdugo de su mujer, puede martirizarla a su placer, sin que nadie se atreva a intervenir en favor de aquella, y sin que haya una ley que le castigue.

Don Froilan murió desesperado, no por morir en la miseria, sino porque el cuidado pensaba en el horrible porvenir que había preparado a su hija.

Y sin embargo, las vecinas de la casa donde esta vivió soltera se asombraban de la suerte loca que había hecho la chica uniéndose a un hombre tan formal, tan bueno, y sobre todo tan rico, y muchas madres que vieron aquel matrimonio, y tenían hijas casaderas y más que casaderas, se lamentaban de que estas no hallasen una colocación tan ventajosa, y no pedían otra cosa a Dios sino una ganga por el estilo.

Hay mujeres que creen que la felicidad es casarse, sea como quiera, y sobre todo que, cuando se encuentra un hombre rico, aunque tenga alguna faltilla y alguna sobra de edad, no se debe perder la ocasión.

Pero deben tener presente que de estos matrimonios en que la desigualdad de fortuna ó de edad es muy grande, por milagro saldrá uno bueno y bendecido por Dios: los demás son obra del mismo demonio.

Más le vale a una mujer estar soltera y pobre toda su vida, que casarse con cien mil probabilidades de ser desgraciada, si es buena y honrada, y mucho más desgraciada si después de casada ha de sacudir el yugo y ser una de tantas mujeres infelices que cada paso que dan es un paso más hacia el abismo del vicio.

Salud y pesetas, y hasta otro día.

TOROS.

Señor Director de EL CASCABEL.

¡Ay señor Director!—V. dirá que siempre estoy suspirando; pero ¿qué quiere V.? estoy tan padecida, que solo suspiritos salen de mi pechito, y lágrimas de mis ojos, que he llorado más agua que la que el Guadalquivir envía a la alameda de Hércules de mi querida Sevilla, cuando se le hinchan las narices.—¡Ay señor Director!—V. perdone que suspire otra vez; ya le dije a usted en mi carta del otro día lo del senador que me persigue... Pues sí, señor; ¡Jesús! ¡qué hombre tan pesado!... ¡ay! ¡qué sangre tienen!... no habrá sido mal mozo, eso no; pero ya se conoce que es veterano... Mire V. que el lunes, el día de la segunda corrida, me dió una sofocación... Pues señor, mi amiga y yo nos fuimos en un coche a la plaza, con nuestras delanteras de grada en el bolsillo, sin acordarnos, para bueno ni para malo, de semejante hombre... Entramos, que ya nos conoce el acomodador, y él nos abre paso, aunque la puerta de la grada esté llena de gente, como de costumbre, que son muchas las apreturas que tiene que sufrir allí una señora, y fuimos a nuestro sitio, sin hacer caso de lo que nos decían los que estaban en la primera fila, que allí a cada uno se le ocurre su cosa, y hay algunos hombres tan atrevidos... nos colocamos, y estábamos tan anchas, tan ricamente, cosa desusada en la plaza de toros de Madrid, donde los asientos son estrechos é incómodos por extremo... y muy entretenidas nos hallábamos con el animado aspecto que presenta el circo antes de empezarse la corrida, cuando oímos una voz que nos decía: *Con permiso de ustedes, señoras;* y conociendo cuya era la voz, exclamé yo: «¡Adios, mi dinero!» llevándome al mismo tiempo la mano al bolsillo, no por otra cosa, sino porque a mi derecha estaba un hombre que se arrimaba mucho a mí, y no porque pretendiera enamorarme, porque tenía de galán tanto como V. de arzobispo... Pues el señor que nos pidió permiso para colocarse a nuestro lado, era el que me persigue tiempo hace, que tenía el asiento inmediato; —espantábame yo de que estuviéramos anchas en aquella estrechura,—que era el asiento ocupado por el prójimo mal encarado, que hubo de reducirse cuanto pudo para hacer hueco entre él y mi personita a mi perseguidor, que está muy de buen año, y nos estrechó mucho más de lo que ya estrecha la empresa por su parte a los favorecedores.

—¡Cuánta fortuna la mía! exclamó mi hombre,—es decir, mio nó, del demonio, si lo quiere,—después de dar un respaldito, desabrochase el gabán, meteme un codo por el ojito derecho, y ponerse delante de los suyos unos lentes muy cucos. ¿Está V. buena? añadió.

—Gracias, dije yo poniéndome colorada, digo, allí no tenía espejo para verme, pero ya sé yo cuándo me salen los colores a la cara, porque me da un calor...

—Ayer no quiso V. que la acompañara...

—¿Yo?... caballero, no está bien que una señora...

—Hubiera tenido yo tanto gusto...

—Gracias... ¿Quiere V. alzar un poquito, que me tiene cogido el vestido?...

—Ya salen los chicos...

—Así salieran los viejos... de la plaza, dije yo para mí, y de buena gana se lo hubiera dicho a él.

—Me gusta V. mucho hace mucho tiempo.

—¡Mira, mira, qué traje trae hoy Lagartijo! dije yo a mi amiga, desentendiéndome de la alusión de mi conquista.

—¿Le gusta a V. Lagartijo?...

—Sí, señor.

—¡Ay! ¡quién fuera Lagartijo para gustarle a V!...

V. si que me gusta a mí.

—Mira qué traje morado claro y oro trae el Tato.

—¡Qué lástima que a ese chico le coja un día el toro!...

—¡Ay! ¡quién fuera el Tato!...

—¡Jesús! hija, ¡qué pesada está la tarde!

—Así se compadecería V. de mí, ingrata.

—Para eso no necesita V. ser sino quien es... ¡Ay!

si pudiera V. correrse un poquito...

—Ya me corro, señora, ya me corro... Quiere V. estar lejos de mí...

—¡Lejos! y no cabía un cañamón entre los dos.

—¡Ay! ¡qué toro tan negro y corniabierto, y qué bien que lo trastea el Tato!

—No me está V. trasteando mal a mí hace tiempo.

—¡Ay! ¡Jesús! creí que lo cogía... Ese toro se va al bulto...

—Lo mismo estoy acostumbrado a hacer yo; pero V. me infunde un respeto y un...

—Allá va Pinto, y ya está en el suelo... Allí va ahora Onofre y... ¡pataplúm!...

—¡Déjeme V., hombre!...

—¡Jesús, María y José! ¡qué costalada ha dado el Guantero. ¡Más blando habrá quedado que un guante!

—No más blando que yo...

—Ha dado V. también una caída?

—Sí, señora... Le parece a V. que no es caída enamorarme de veras?—¡Yo, que me burlaba de los jóvenes!...

—¡Bien le ha puesto Muñiz los palitos!... Allá va el Tato con los avios... muy huido está el toro...

—Como V., ingrata.

—Pero ya lo parará él.

—V. si que me ha parado á mi.
 —Ya lo paró... Ahora, aprovecha la ocasion, ton-
 to... Ahí nó... Cuidadito, no te descubras, hombre...
 Ahí está, ahí tienes, hija, esa es una estocada reci-
 biendo...
 —Sabe V., señora, que advierto que es V. muy in-
 teligente en toros?...
 —Sí, señor, un poco.
 —¿Es V. casada?
 —Caballero, no sé por qué me pregunta V. si soy
 casada.
 —Por saber si es V. soltera.
 —¿Qué es eso que tocan, Nieves?—mi amiga tiene
 este nombre, propio de Guadarrama;—es lo de *Pan y
 toros*?... Ahí sale el segundo, que se llama *Monterilla*, y
 será hijo de algun alcalde de idem... y es negrito tam-
 bien...
 —¿Conque no podré saber el estado de V?
 —¡Jesús! ¡qué animal tan grande, Nieves!
 —Señora!...
 —V. perdone, lo dije por el toro... ¡Anda, anda!
 ¡pues no toma pocas varas!... cinco... ¡caballo muer-
 to!... ¡seis!... ¡siete!... ¡otro caballo difunto! Ahí salen
 Yust y Paquito á ponerle los pendientes... Los dos se
 los ponen al cuarteo... Buenas tardes, señor Gordito;
 cuidadito con el toro, que tiene mucho sentido... Lar-
 gue V. todo el trape, hombre... Esa estocada es en
 hueso... ¡tómala pues esa es en la olla.
 —Señora, ¿qué es la olla?
 —El puchero... Ahora un volapié... Vamos, señor
 Gordito, el toro y V. están VV. atolondrados... Déjese-
 lo V. al cachetero... Caballero, si pudiera V. correrse
 un poco... Se me está chafando todo el vestido...
 —Señora, ni una vela se corre más que yo; pero
 como no hay sitio... ¿V. es andaluza?...
 —Sí, señor.
 —¿De Málaga acaso?
 —Nó, señor, de Sevilla.
 —¡Ay, de Sevilla! allí estuve el año 47, digo, el 57...
 vivia en la Alcaicería...
 —Yo en el Duque.
 —¿Con el Duque?
 —Nó, señor, en el Duque...
 —¿Qué lástima que no nos hubiéramos conocido en-
 tónces!... Verdad es que V. no habria nacido...
 —Nó... nó, señor, me acuerdo de que no habia nacido
 todavía... ¡(Ojalá!) ¡Jesús! hija, ¡qué mareada estoy!
 —Yo tambien, señora.
 —Allí sale el tercero, tambien negro... ¡Anda! ¡cómo
 se va á los caballos!... si tuviera fuerza como tiene in-
 tencion...
 —¿Y en qué conoce V. que no tiene fuerza?
 —¡Ay! hija, otra tarde no volvemos á estos asientos...
 No he visto un hombre con más gracia para poner ban-
 derillas que Jaqueta...

—¿Cómo ha dicho V?... ¿Chaveta ó chaqueta?...
 —¡Ay! hija, ¡qué bochorno hace esta tarde!... Allá va
 Lagartijo con su traje raso, azul y plata... Los pases
 de muleta los da ese chico con mucho salero... ¡Ay!
 ¡que lo degüella!...
 —¿Y hace mucho tiempo que está V. en Madrid?...
 —Sí, señor.
 —¿Y tiene V. familia?
 —Es claro; si no estaria en la Inclusa.
 —Y no le faltará á V. á quien querer... Hay hombres
 muy afortunados en el mundo.
 —Calle V., que ya sale *Pimiento*.
 —¿Quién es *Pimiento*?
 —El cuarto toro, que se llama así; mira, mira qué ale-
 gre es...
 —¿Le ve V. reirse?...
 —¿Y qué puntas tiene tan afiladas!... ¡Cómo se crece
 con el olivo!...
 —Para olivos, su tierra de V...
 —Malos puyazos son esos... La gente de á caballo se
 va haciendo muy tumbona...
 —Es achaque de la época, señora; la gente toda es
 muy tumbona á pié y á caballo.
 —¡Vaya un desórden que hay en la plaza! ¿Qué hace
 el presidente?... Se conoce que entiende esta materia to-
 rera como el ministro de Hacienda este ramo, que tiene
 tantas espinas.
 —Señora, ¿es V. tambien política?
 —Sí, señor, todas las noches leo *La Correspondencia*...
 Buen par de banderillas le ha puesto el Cuco al tras-
 cuerno.
 —¿A *La Correspondencia*?
 —Nó, señor, á la Cibeles... ¡Jesús! hija, ¡qué gana
 tengo de que se acabe la corrida!
 —Por alejarse de mi, ingrata. Pues yo no cedo...
 quiero que me de V. alguna esperanza... estoy muerto
 por V...
 —Hija, ¿tienes ahí el frasco del agua de colonia, que
 se pone malo un caballero?... ¡Ay! si supiera que siem-
 pre habia de ser lo mismo, no volvíamos á los toros...
 —¿Lo dice V. por mí?...
 —Sí, señor, porque yo, para que V. se entere, vengo
 á ver los toros, y V. no me deja, y me distrae.
 —¿Qué cruel es V!...
 —¿Ve V?... ya se me ha pasado ver la muerte de este
 toro... Dime, ¿qué tal lo ha matado el Tato?... Verdad
 es que tú no entiendes tampoco de toros...
 —¿Su papá de V. vive?...
 —Nó, señor, se murió.
 —¿Tiene V. hermanos?...
 —Sí, señor, treinta y siete... ¡Qué toro tan bien plan-
 tado es el quintol!... Este va á tomar bien las varas...
 ¡No lo dijel...
 —Ya sé dónde vive V...
 —Yo tambien.

—Calle de la Estrella... Allí está mi estrella... ¿Dón-
 de va V. á misa?
 —A la iglesia.
 —¿A la Buena dicha?... Esa es la que yo tendria, si
 V. quisiera.
 —Nó, señor, voy á misa á San Roque, abogado de la
 peste... Pues señor, los toros de hoy los he perdido...
 El Gordito está allí muy afanado... Me parece que ten-
 dremos golletazo... Si antes lo hubiera dicho... ¡Vaya!
 hija, vámonos, que empieza á anochecer, y á mi no me
 gustan luego las apreturas.
 —¿No ven VV. el sexto?
 —Nó, señor, no quiero ver el sexto, ni el primero veré
 otro dia si le veo á V.
 —Voy á acompañar á VV.
 —Muchas gracias, no se moleste V., sabemos solas á
 casa.
 Y salimos de la plaza, y el indino vejestorio detrás,
 empeñado en que habiamos de ir á comer con él al Cis-
 ne... Eso sí, el pobre hombre parece rumboso... Para
 evitar su compañía tomamos un coche, y le dejamos con
 una cuarta de narices.
 Cuando llegamos á casa vimos que venia detrás otro
 coche, ocupado por mi conquista, que bajó y vino á pa-
 gar al cochero nuestro, injuria que tuve que sufrir, por-
 que el cochero en cuanto cogió la peseta y cuatro cuar-
 tos, arreó al caballo, y mi conquista se empeñaba en
 darme el brazo para subir la escalera. La peseta la
 acepté, porqueno tenia otro remedio, pero el brazo nó.
 Y mi hombre allí se quedó muy desconsolado.
 ¡Ay! señor director, de todo tiene la culpa mi mari-
 do, de que yo tenga que ser tan cruel con un hombre
 que tales pruebas me da de amor, y de que este pobre
 hombre esté tan desconsolado.
 ¡Ay! más vale callar.

MEDIA LUNA.

Á UN AMIGO AUSENTE,

Poesía inédita.

Con bien te lleven, mi querido amigo,
 propicio el viento, bonancible el mar:
 ¡Oh! ¡si pudiera saludar contigo
 tras tanta ausencia mi paterno hogar!

¡Oh! ¡cuánto fuera mi consuelo, cuánto,
 si en esa nave huyéramos los dos!
 ¡Oh! ¡si á este suelo donde sufro tanto
 pudiera darle mi postrer adios!

—No es curiosidad, es interés, repuso el primero con
 ese abandono del corazon que excita imperiosamente
 á la franqueza.

—Es cierto que no me halaga demasiado la fortuna;
 pero no tengo precisamente por qué maldecir mi
 suerte.

—No quereis ser franco conmigo, y haceis bien. Igno-
 rais mi nombre, y no teneis ningun motivo para cono-
 cerme....

Pues bien; yo os daré el ejemplo. Me llamo Euge-
 nio de Salazar, y aun podria añadir que en un rin-
 con de la Mancha hay un antiguo palacio, perdido en-
 tre los bosques, que ostenta una corona de conde. ¡Ese
 palacio es mio! Pero yo pertenezco á la nobleza espa-
 ñola, no hago caso de mis pergaminos, mas que cuando
 se trata de arreglar mi conducta á las estrictas leyes
 del honor. Mi carácter es independiente. No tengo her-
 manos; mis viejos padres sin duda se han amoldado
 con demasiada tolerancia á mis caprichos de niño,
 porque soy en extremo aturrido y voluntarioso. He
 querido venir á Madrid, porque aqui se encuentran la
 libertad y la gloria. Era abogado, y soy escritor. Tengo
 un asiento en el Congreso, y procuro consagrar á la fe-
 licidad de mi país todos los momentos que me dejan
 libres mis placeres.

Soy alegre, tal vez frívolo, pero amigo de mis ami-
 gos. Me sobra el oro, la fortuna me abre de par en par
 las doradas puertas de su templo; pero aunque he dado
 muerte á la mariposa, no me gusta embriagarme solo
 con sus dones. Puedo y quiero. ¿Me encontráis útil en
 algo?

Nuestro jóven le cogió la mano con efusion.
 —Me llamo Claudio Martinez, dijo sonriendo triste-
 mente. Mi padre era un sábio. Habia ejercido la medi-
 cina con la fé y la abnegacion de un apóstol, y tuvo por
 consecuencia la muerte desastrosa de un mártir. Donde
 los demás ven un medio como otro cualquiera de ga-
 nar dinero, él veia la noble mision de imitar á la Pro-
 vidence y esparcir por todas partes el consuelo y la
 ventura. Léjos de exigir retribucion á los pobres, daba
 dinero para subvenir á sus necesidades; léjos de espe-
 cular con las ficticias enfermedades de los ricos, se
 contentaba con darles sábios y desinteresados con-
 sejos.

Solo tenia un vicio dominante: el de hacer bien sin
 distincion ninguna. Todo el mundo lo sabe: jamás nin-
 gun menesteroso halló cerrado su bolsillo, ningun
 amigo su casa y su corazon.

Amaba con de irio á su patria, y este amor y el que
 profesaba á los pobres fué la causa de su ruina. Las
 conmociones políticas le arrebataron su escasa fortuna.
 Anduvo errante, encarcelado y perseguido... Sus ami-
 gos le abandonaron... Hasta los pobres se le mostra-
 ron ingratos en su contraria suerte....

Los disgustos alteraron su salud... Se vió pobre,
 enfermo, despreciado... con cinco hijos, de los cuales
 el mayor era yo y contaba quince años, y una esposa
 jóven todavía, pero agobiada tambien por sus padeci-
 mientos.

(Se continuará.)

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ÁNGELA GRASSI.

CAPÍTULO PRIMERO.

(Continuacion.)

La brisa matinal y los perfumes del ambiente pa-
 recian haberle regenerado, porque un rayo de sol, se-
 mejante á un rayo de felicidad, embellece el más feo
 semblante.

Y feo era en verdad el del pobre jóven. A excepcion
 de su elevada estatura y de sus finos modales, no podia
 ostentar ningun otro atractivo. Y aun la primera de
 estas dotes casi desaparecia completamente, porque se
 encorbaba hácia adelante, y su cabeza, siempre inclina-
 da sobre el pecho, parecia abrumada por un horrible
 peso.

Hay en el Retiro una deliciosa plazuelita en cuyo
 centro se eleva un ciprés, regado, segun la tradicion
 popular, por las lágrimas de una reina amante y desdi-
 chada.

Nuestro jóven se sentó en uno de los bancos que la
 rodean, y permaneció inmóvil y meditabundo largo
 tiempo, con los ojos fijos en las caprichosas nubes y
 las manos cruzadas sobre las rodillas.

Delicioso era el cuadro que se desplegaba á su vi-
 sta. Los árboles, agitados suavemente por la brisa, des-
 tacaban su follaje sobre el azul del cielo, las aves gor-
 geaban en las ramas, la atmósfera estaba saturada de
 perfumes, y era tan augusto el silencio, que se oia el
 alentar de los insectos y los lejanos murmurios de las
 aguas.

Trascurrieron rápidamente las horas.

De los ojos del jóven brotó una lágrima, que se de-
 tuvo en su mejilla, cual una gota de escarcha sobre el
 pétalo de una flor marchita.

Tan profunda era su abstraccion, que no vió á un
 nuevo paseante, jóven como él, pero ¡ay! no víctima
 como él de los rigores de la suerte, porque su atavío
 era riquísimo, presuntuoso su ademán, y su rostro
 resplandeciente de juventud y de frescura. A pesar de
 la hora y de su traje de mañana, llevaba botonadura
 de brillantes y una hermosa cadena de oro al cuello.
 Tambien su figura formaba un notable contraste con
 la de nuestro jóven. Su rostro era de una perfecta be-
 lleza, y su rubia y rizada cabellera armonizaba perfec-
 tamente con sus ojos azules, vivos y penetrantes. Lle-
 vaba la cabeza erguida, silbaba en voz alta una cancion

de moda, y tronchaba desapiadadamente con su bas-
 tonicito de junco el tallo de las flores.

Atravesó la plazuelita, y vino á sentarse en el banco
 de piedra en donde se hallaba hacia tantas horas nues-
 tro meditabundo jóven.

Ni siquiera se miraron.
 Pasaron algunos minutos.

El recién llegado, sin duda de carácter más turbu-
 lento, tiraba piedras al aire, hacia el molinete con su
 baston, cortaba las ramas vecinas, se quitaba y ponía
 el sombrero, y parecia haber resuelto el problema del
 movimiento continuo.

Una mariposa de doradas alas revoloteaba en torno
 de él, y fué á posarse en una modesta florecilla azul,
 que habia brotado casi milagrosamente junto al banco
 de piedra, al cual parecia abrazar con sus verdes
 ramas.

El aturrido mancebo quiso espantar á la mariposa
 con su pañuelo, y tronchó el tallo en donde se posaba.
 La mariposa cayó aleteando y moribunda junto á la
 deshojada flor.

Nuestro jóven pareció salir de su pesado letargo, y
 lanzó un grito doloroso.

Su vecino levantó la cabeza.

Ambos se miraron: el uno sonriendo, como quien
 ha llevado á cabo una hazaña: el otro con expresion
 de dulce reproche.

El invisible conductor magnético debió establecerse
 de improviso entre sus dos almas: ambos simpatizaron.

—¡Pobre mariposa! ¡pobrecita flor! murmuró en voz
 baja nuestro jóven, sonriendo con tristeza.

—¿Y eso qué vale! repuso vivamente su compañero.

—¡Ah! si fuérais desgraciado, comprenderiais cuánto
 vale la felicidad, aunque se trate de insectos y de flo-
 res! Hace mucho tiempo que estoy aqui. He visto á la
 triste flor abrirse á los primeros rayos del sol, exten-
 der sus pétalos bañados de rocío, enderezar su corola,
 cargada de perfumes, casi podria decirse suspirar de
 amor...
 Pasaron muchas mariposas de alas azules ó dora-
 das, y todas fueron á libar el cáliz de las florecillas ve-
 cinas... Esta quedaba siempre sola, y se balanceaba
 melancólicamente al embate de la brisa, cual si se la-
 mentase de su abandono... Luego apareció en el aire
 esa bella mariposa... la flor irguió de nuevo su abatido
 tallo... cimbreó su ramaje... La mariposa fué divagando
 largo rato... luego sin duda tuvo compasion de ella, y
 abatió su vuelo... La flor pareció estremecerse de ale-
 gria al darla abrigo en su cáliz... y nada más... ¡Vos
 habeis tronchado á la una y muerto á la otra!... ¡Pobre
 insecto! ¡pobre flor!...

El jóven habia dicho estas palabras con la cándida
 sencillez de un niño, y permaneció con los ojos fijos en
 la mariposa, que aleteaba todavía.

Su compañero, pensativo, escarbaba la arena con su
 baston.

Hubo un momento de silencio.

—¿Sois desgraciado? preguntó vivamente este úl-
 timo.

Nuestro jóven sonrió.

ANUNCIOS.

LA CAZA.

REVISTA DE LOS CAZADORES.

De este periódico, único de su clase en España, se publican tres números al mes y una elegante lámina. Desde el mes actual se hará el reparto los días 10, 20 y 30.

Cuesta la suscripción, 15 rs. trimestre en Madrid. En provincias 16 rs. trimestre y 60 un año, en sellos ó libranzas al administrador de *La Caza*, calle de la Estrella, núm. 9, cuarto bajo.

En diez y nueve mil reales anuales se alquila el cuarto principal con cochera de la casa de nueva construcción, calle del Piamonte, núm. 6. Consta de muchas y elegantes habitaciones, con dotación de agua de Lozoya, magnífica entrada y escalera decorada con gusto. Le manifestará el portero, y para tratar de condiciones, en el cuarto 3.º de la derecha de la misma.

Amoneda de varios muebles, sillerías, Aespejos y efectos. Preciados, 53.

Se vende una escribanía con buenos Sprotocolos. Encomienda, 23, lonja, darán razon. 2

Sellos inutilizados de Correo: se compran los de 1, 2, 3, 6, 12 y 19 cuartos; 1, 2, 5, 6 y 10 rs., desde 1850 á 1866, en la librería de la calle del Gato, esquina á la de la Cruz.

Enseñanza de francés, inglés y contabilidad, por profesores especiales, métodos fáciles y precios módicos. Calle de Silva, 11, piso segundo.

PROVEEDOR DE SS. AA. RR.

CALLE DE JARDINES, NÚM. 5, TIENDA.—MADRID.



Acete de bellotas para el pelo. (Privilegiado) á 6, 12 y 16 rs. bote. Ningun acete ni pomada antiguo ni moderno, ha adquirido en España una reputacion mejor merecida que nuestro acete de bellotas para *ocullar las canas*, evitar salgan otras, contener la caída del pelo, hacerlo salir en calvas recientes ó inveteradas, darle lustre, salud y desarrollo al pelo enfermo. Los espontáneos elogios de 18 periódicos científicos, la popularidad de este producto, las recomendaciones infinitas de célebres médicos higienistas, y la venta en tres años de 94,000 botes, justifican plenamente su bondad.

Tambien se usa con ventaja, en vez de los aceites y pomadas, para conservar y dirigir una buena cabellera. Depósitos: Barcelona, Borrell hermano. Valladolid, perfumería del Ramillete Oriental. Cádiz, calle del Rosario, 10. Valencia, perfumería de Melendez. Quintanar de la Orden, droguería de Villacañas. Pamplona, perfumería de Razquin. Alicante, droguería de Soler, etc., etc.—L. de Brea y Moreno.

Contabilidad práctica mercantil, por Francisco de Soria y Moñus. Precio de la obra, 17 rs. A su autor, en las oficinas de *La Tutelar*, calle de Alcalá, en Madrid.

Á NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

Comercio de sedas. CALLE MAYOR, NÚM. 50, CASA ESQUINA Á LA DE BORDADORES. FÁBRICA DE MIRIÑAQUES. DEPÓSITO DE CORSÉS. Especialidad en bordados en cañamazo y estambres de Berlín.

CORTES DE ZAPATILLAS BORDADAS. ALMOHADONES BORDADOS. TIRAS PARA PORTIERS.

Además de los géneros acabados de expresar, se han recibido los siguientes artículos de estambre:

Capas, gabanes para niño.—Polainas, medias y zapaticos.—Garibaldinas y faldas.—Mangas, mitones, muñequeros y guantes.—Corbatas y chalinas. Tambien se acaba de recibir un buen surtido en Agremanes y adornos de pasamanería para vestido.—Flecos de torzal, pasamanería, madroños, pelo de cabra y otras clases.—Cordones de seda y lana para vestido, y encajes de hilo.—Broches, hebillas y cinta de seda para cinturón.—Redecillas de todas clases, y perfumería.

Por lo contenido en este número.

F. Perezsgus.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de *El Cascabel*, A CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.

que no se debe perder, porque siempre es bueno estar bien con todo el mundo.

El Administrador de la Real Casa debe saber positivamente que las clases pasivas que de aquella dependen, tienen, sobre todas las criaturas nacidas y por nacer, la ventaja de no necesitar comer, porque si no supiera eso, no sabemos cómo se atrevería á no pagar hace tanto tiempo á esas buenas almas, convertidas en almas en pena.

Charadita.

La primera y la tercera suele abundar en Madrid, gracias á la policía que sirve bien mal aquí; la segunda, si te llaman, sueles al punto decir; y la segunda y tercera es un pueblo que no vi, que de Madrid no está lejos, yendo en el ferro-carril; la tercera y la primera es, ¡por vida de Cain! lo que saben hacer muchos que Dios quiera confundir, y la tercera y segunda es abogado, que si nos protege cuidadoso, mucho nos puede servir, si el cólera viene, ú otra ganguita bonita así; y el todo es un personaje que dejar debió al morir tres cosas, que yo las tengo y se las voy á decir al lucerito del alba como se me ponga aquí.

Hemos visto los nuevos billetes de 100 y 400 escudos. Están perfectamente hechos, y son muy vistosos, sin duda para que los tenedores se aficionen á ellos y no los quieran cambiar.

Hoy dará su primera función en el teatro de Variedades Mlle. Benita Anguinet, distinguidísima prestidigitadora, cuyo mérito artístico conoce el público. Creemos que será grande la concurrencia en aquel coliseo.

Hemos recibido un folleto titulado *La Esclavitud y el señor Ferrer de Couto*, que ha escrito el señor Hernandez Iglesias, combatiendo las doctrinas de los esclavistas, con gran copia de buenas razones. Le precede un bien escrito prólogo del señor Ruano.

Logogrifo.

En cuatro letras que tengo encuentras, lector amigo, una hortaliza, una letra, lo que hay en el mar bravío, lo que tiene toda casa muy cerca de los ladrillos, una mujer desdichada que hará cualquier desatino, un lenguaje que tendrá gracia, más no se la he visto, un juego bastante viejo, y algo más que no te cito, y soy una cosa larga, ó corta, porque vario, y aunque tengo el mismo nombre, yo no soy siempre lo mismo.

Hemos recibido las dos primeras entregas de la segunda edición de la tercera parte del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, escrita por el bachiller Avelanado, que publica en Búrgos el catedrático de aquel Instituto, señor Martínez Rives. Por lo poco que de esta obra hemos leído, la conceptuamos digna del gran éxito que obtiene. El señor Rives merece por esta obra los mayores elogios.

GEROGLÍFICO.



Tranquilo viera y con severa calma desatarse bramando el aquilon: ¡junto á la horrible tempestad del alma, las tempestades de la mar, ¿qué son?

Mas ya que quiere mi fatal estrella con duros lazos sujetarme aquí, por mí te postra y con tus labios sella la tierra amada en que feliz nació.

Llévale tú los ecos de mi lira que ya desde hoy resonará en su honor: ¡dile que es ella el númen que me inspira y el solo objeto de mi ardiente amor!

VENTURA DE LA VEGA.

Marzo 1856.

CASCABELES.

Dice un periódico que una señora muy conocida, y que quiere guardar el incógnito, va á subir en el globo con Mad. Poitevin. Lo que debe guardar esa señora más que el incógnito, es la cabeza.

De unos cuartos que traían de Marruecos, de los que nos deben los moritos, han sido robados 200,000 reales. Pues señor, á perro flaco.... Como hay mucho, cómetelo chuchó! Y ¿quien ha sido el autor de esa gracia?... Algun ladrón probablemente.

Los burgaleses están que trinan con su paisanito el ministro de Hacienda. Lo que es conmigo no se incomodarán los míos porque yo sea ministro. Es el oficio más malo que hay en España.

Se va á crear otro Banquito. Ya hablaremos de este Banco. Billetes de 4 escudos hasta 400. Nosotros vamos á crear uno con billetes de á ochavo. ¡Y eso remedia por mucho tiempo el lastimoso estado de la Hacienda. ¡No te compongas!

Los ingleses vendrán aquí á poner un Banco nacional español, es decir, inglés. Sobre este y los demás proyectos del ministro de Hacienda debe hablarse con conocimiento de causa. Ahora vamos á estudiar el proyecto de Banco, que es una verdadera salida de *pie de Banco*, puesto que da pie á un Banco y con el pie á otros Bancos. Ya hablaremos.

Geroglífico del número anterior.

La mujer en casa y la pierna quebrada.

Las clases pasivas en Pamplona aun no han recibido la paga de Enero.

Los periódicos de la Union liberal censuran á nuestro amigo el señor Camprodon, porque este diputado, que nunca ha sido empleado pudiendo haberlo sido, cree en su conciencia que el Gobierno va por mal camino, y no quiere apoyarle para eso.

El señor Camprodon tiene razon que le sobra en todo lo que dice de la tristísima situacion en que nos hallamos.

Uno de los citados periódicos dice con mucho chiste que el señor Camprodon volverá á dedicarse á hacer zarzuelas, y que el teatro de Jovellanos está con tal motivo de enhorabuena.

Y hará perfectísimamente, y más vale hacer zarzuelas que hacer politiquilla.

Charadita del número anterior.

Políticos habladores desde ministros abajo, ¡no veis que están sin trabajo los pobres trabajadores?

Van á repartirse las entregas 19 y 20 de *Cuadros al fresco*, primera obra publicada en la Biblioteca *Sal y pimienta*. No hemos podido evitar el retraso con que han aparecido las entregas de esta obra, pero podemos asegurar que, terminada en el presente mes, desde el próximo aparecerán las entregas con toda regularidad.

La obra *Cuadros al fresco* contiene 24 entregas que equivalen á tres meses de publicacion. Así, pues, los suscritores á la Biblioteca por tres meses no terminan su abono hasta fin de Abril, y los de seis meses hasta fin de Agosto, y los de un año hasta fin de Enero del próximo.

El señor Rios Rosas, segun dicen, ha rifado con el Gobierno, por que este ha presentado los proyectos de imprenta y asociaciones.

Mal ha hecho el Gobierno en rifar con el señor Rios por tan poca cosa, porque aquellos proyectos, despues de todo, no le han de aprovechar á él, sino al ministro que venga luego, y al fin el señor Rios es un apoyo